

que para nosotros, lectores de todas clases, son más conmovedores que los sermones leídos de Bourdaloue. En el *Panegírico de San Pablo*, por ejemplo, ¡qué manera de posesionarse del asunto por el fondo, por el lado más íntimo, más atrevido y más sobrenatural! Pablo es *tanto más fuerte cuanto más débil se siente*; su fuerza la constituye su debilidad. Es el apóstol sin arte de una sabiduría oculta, de una sabiduría incomprensible que sorprende y pasma, y en la que no pone ni afeites ni artificio:

« Irá á la pulida Grecia, madre de los filósofos y de los oradores, y, no obstante la resistencia del mundo, establecerá allí más iglesias que Platon ganó discípulos con toda su elocuencia que se creyó divina. Predicará á Jesus en Aténas, y el más sabio de los senadores pasará del Areópago á la escuela de este bárbaro. Llevará sus conquistas todavía más léjos: abatirá á los piés del Salvador la majestad de los pabellones romanos en la persona de un procónsul y hará temblar en sus tribunales á los jueces ante quienes se le cita. La misma Roma escuchará su voz, y un día la metrópoli se creará más honrada con una carta de Pablo dirigida á sus ciudadanos que con tantas y tan famosas arengas oídas á su Ciceron.

« ¿Y en qué consiste esto, cristianos? En que Pablo tiene medios para persuadir, que Grecia no enseña, que Roma no ha aprendido. Á la sencillez augusta de sus palabras se mezcla un poder sobrenatural que se complace en elevar lo que han menospreciado los soberbios. Por eso admiramos en sus incomparables epístolas cierta virtud más que humana que persuade contra todas las reglas, que no persuade tanto como cautiva los entendimientos, que no lisonjea los oídos, pero que va derecha al corazón. Así como un gran río conserva en la llanura la impetuosa violencia adquirida en las montañas donde está su origen, así la virtud celestial contenida en los escritos de san Pablo encierra dentro de su sencillez de estilo todo el vigor que trae del Cielo, donde nace ».

Tomemos ahora cualquiera otro sermón de los predicados en la corte, el de la *Ambición* (1666), el del *Honor* (1666), el del *Amor de los placeres* (1662); en todos encontraremos abundantes bellezas del mismo orden. Sobre el honor y sobre la ambición dijo en presencia de Luis XIV todo lo que podía evitar la idolatría futura y próxima de

que fué objeto, si hubiera podido combatirse. Busca en los ejemplos de un Neron ó de un Nabucodonosor « lo que puede hacer en el corazón humano el terrible pensamiento de no ver nada sobre su cabeza. » Dice del hombre, pequeño y avergonzado de su pequeñez, que trabaja en crecer y en prosperar imaginando que se incorpora todo lo que adquiere: « Tantas veces conde, tantas veces señor, dueño de tantas riquezas, amo de tantas personas, ministro de tantos consejos; y sin embargo, aunque se multiplique cuanto quiera, siempre bastará una sola muerte para destruirlo... En ese infinito crecimiento que imagina nuestra vanidad, no se le ocurre medirse por el ataúd que es la medida exacta. » Lo propio de Bossuet, es abrazar de una primera ojeada todas las grandes ideas que son los límites fijos y las extremidades necesarias de las cosas, ideas que suprimen los movibles intervalos donde se representa la eterna infancia del hombre.

Para que no se diga que sólo busco en Bossuet las lecciones á los grandes y á los poderosos, consignaré que en el mismo sermón sobre el *Honor*, en el cual enumera y persigue las diferentes especies de vanidad, se dirige también á los letrados, á los poetas, á todos los que, á su modo, se disputan igualmente el renombre y el imperio: « Estos piensan ser más razonables cuando se envanecen con los dones de la inteligencia. Á la verdad, cristianos, son dignos de ser distinguidos entre todos, pues forman el más bello ornamento de este mundo. ¿Pero cómo soportarlos cuando al sentirse con algún talento fatigan á los demás con sus hechos y sus dichos, creyéndose con derecho, porque saben medir un verso ó redondear un período, á hacerse escuchar sin fin y decidir de todo soberanamente? *Orden en la vida, igualdad en las costumbres, medida en las pasiones*, ricos y verdaderos ornamentos de la naturaleza razonable, ¿cuando aprenderemos á estimarnos? »

Como particularidad literaria, es de notar que en estos sermones de Bossuet hay hermosos fragmentos que se hallan repetidos hasta dos y tres veces en diferentes discursos. Entre ellos, citaré todo un tema moral sobre la inconstancia de las cosas humanas y los caprichos de la mudable suerte que hace inútiles todas las precauciones más prudentes y avisadas: « Par muy léjos que podáis llevar la prevision, jamas

igualaréis á sus caprichos; pensaréis estar seguros por un lado, y la desgracia sobrevendrá por otro; os aseguraréis por los cuatro costados, y el edificio se hundirá por sus cimientos; si estos son firmes, vendrá un rayo que los quebrante y lo destruya todo.» Este lugar comun tan elocuente se encuentra repetido en el sermón tercero del día de *Todos los Santos*, en el del *Amor de los placeres* y en el de la *Ambicion*, con alguna variante. Pero aún así Bossuet es orador; conoce la práctica de la elocuencia como un Demóstenes; un hermoso fragmento que parece repentizado, lo sabe de memoria porque conoce su efecto y lo tiene de reserva para repetirlo en su oportunidad.

También se notan en los sermones de Bossuet durante su gran período, expresiones que si no son añejas, están empleadas en una acepción que no es la más comun. Dice, por ejemplo: « Nuestro siglo *delicioso* que no puede sufrir el peso de la cruz », por nuestro siglo, *amigo de las delicias*. Dice también: « Combatir la ambicion es, en cierto modo, *desertar* la Corte. » *Desertar*, es decir, *dejar desierta* (*solitudinem facere*). Mas no nos detengamos con Bossuet en estos detalles de academia.

Desde los primeros años de residencia en París, se dedicó al género de la oración fúnebre. Tenemos la que pronunció para el padre Bourgoing, general del Oratorio, en 1662, y la dedicada á Nicolas Cornet, gran maestro de Navarra, en 1663. Hay bellezas en los dos discursos. En la oración fúnebre de Nicolas Cornet, las cuestiones de la gracia y del libre albedrío que agitaban entónces á la Iglesia con los nombres de Jansenismo y de Molinismo, están definidas admirablemente; por la manera con que las expone, muestra Bossuet hasta qué punto se hallaba fuera de los partidos y se elevaba por encima de ellos. Pero lo que llama la atención en las dos citadas oraciones fúnebres, es un notable desacuerdo entre el tono y el asunto. Nosotros que no somos de la casa de Navarra, no podemos entrar así, á toda vela, en la gloria de Nicolas Cornet y en aquel apóstrofe á sus *grandes manes*. Bossuet necesita asuntos amplios y elevados; cuando no los tiene engrandece y realza los que se le presentan; pero resulta una desproporción. En tales momentos clamaba en el vacío, ó mejor dicho, se agitaba en espacio demasiado estrecho; su voz era muy fuerte para tan pequeña nave.

Debió sentirse más á sus anchas celebrando á la reina Ana de Austria, cuya oración fúnebre pronunció también algunos años más tarde, en 1667. Pero, ¡ cosa singular! este discurso en el cual Bossuet debió derramar el reconocimiento de su corazón y desplegar sus magnificencias históricas, no ha sido impreso.

La muerte de la reina de Inglaterra le ofreció por último, en 1669, el más grandioso de todos los asuntos. Necesitaba destronamientos y restauraciones, la revolución de los imperios, todos los vaivenes de la fortuna reunidos en una sola vida y pesando sobre una misma cabeza; el águila tenía necesidad de la vasta profundidad de los cielos y á sus piés los abismos y las tempestades oceánicas.

.....

III

Las Memorias manuscritas del abate Le Dieu, tantas veces citadas y de las que han hecho uso todos los que han escrito sobre Bossuet, han sido al fin publicadas. Demos las gracias al abate Guettée, á quien debemos su publicación (1).

Si encontramos en ellas algunas cuestiones secundarias ó impertinentes, las dejaremos á un lado. No me fijaré más que en la persona y carácter de Bossuet, tratando de marcar lo que contenga la publicación susceptible de modificar en algun punto las nociones que se tienen de él.

La primera y más natural cuestión, es la de saber si el Diario y las Memorias del abate Le Dieu responden á las esperanzas que habian hecho concebir los fragmentos que se habian citado. Diré desde luego que sólo en parte responden; pero tales como son, acabarán de fijar con exactitud, con verdad y sin exageración los rasgos de la hermosa figura de Bossuet. Su grandeza perderá sin duda, no su bondad.

(1) *Mémoires et journal de l'abbé Le Dieu sur la vie et les ouvrages de Bossuet*, publicados por el abate Guettée.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
 BIBLIOTECA II
 "ALFONSO"
 AÑO 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero distingamos : hay dos obras del abate Le Dieu sobre Bossuet, las Memorias y el Diario. Las Memorias, compuestas poco despues de la muerte de Bossuet, son un relato animado, un cuadro de la vida, de los talentos y de las virtudes del gran obispo. El abate Le Dieu en sus Memorias hizo un trabajo seguido, esmerado, como escrito para el público; su estilo tiene facilidad, amplitud y partes muy felices; descúbrese al hombre que ha vivido con Bossuet y que habla de él con dignidad, con admiracion, con emocion. En el Diario, escrito para él solo y como apuntes para sus recuerdos, se muestra siempre, es verdad, lleno de admiracion y de respeto para el personaje á quien servia, pero sin esmero, sin cuidado; sus revelaciones son de todos géneros; hay trivialidades y bajezas que causa pena encontrar. El abate Le Dieu era un eclesiástico estimable, laborioso, autor de varios libros teológicos; fué agregado á Bossuet desde 1684 y permaneció con él cerca de veinte años, los veinte años últimos de la vida del prelado, en calidad de secretario particular y con el título de canónigo de su iglesia catedral. Pero no se crea que era junto á Bossuet lo que el abate de Langeon fué para Fenelon; no era un amigo, sino un doméstico adicto y un servidor fiel. No era uno de esos familiares como un Brossette ó un Boswel, en cuya presencia se puede hablar sin escrúpulo de toda clase de asuntos y opiniones, aparte de que Bossuet tampoco era capaz de hablar de todo ni de iniciar á ninguno en lo que le ocupaba, pues tenía la grave discrecion del verdadero doctor y del prelado. El abate Le Dieu, á pesar del tiempo que al lado de Bossuet permaneció, no entró nunca en su íntima confianza ni recibió de él ninguna confianza propiamente dicha. Si supo algunas cosas importantes, lo debió á su constante atencion. Lo observaba todo y nada se le escapaba. Se habia impuesto desde el principio, á lo que parece, el papel de historiógrafo del gran prelado, y en los últimos años se habia hecho pura y simplemente su Dangeau. Su Diario propiamente dicho no tiene otro carácter que el de Dangeau, y tales escritos, muy curiosos para la posteridad, rara vez engrandecen á los personajes que hacen el gasto en ellos y de quienes se cuentan dia por dia todas las acciones y las funciones todas.

Las Memorias, cuya lectura es más llena y agradable, nos muestran á Bossuet en su genealogía y en su raza, en su infancia y en su desar-

rollo natural y continuo. Si álguien ha nacido para ser sacerdote, en el sentido más bello y más digno de la palabra, fué sin duda Bossuet. Su infancia pura fué seguida de una adolescencia piadosa y de una juventud anticipadamente consagrada. El estudio de las bellas letras que le ocupó al principio, se subordinó en su pensamiento al de la Biblia desde que fijó en esta los ojos. El momento en que encontró y leyó por vez primera una Biblia latina y la impresion de luminosa alegría que experimentó al leerla, quedaron para siempre en su memoria y hablaba de ellos en sus postreros dias. Leyendo la Biblia se reveló á sí mismo; con ella se hizo el hombre de la Escritura y de la palabra santa. Las maravillosas facultades que poseia se prestaran sin esfuerzo á encontrar su forma favorita y su satisfaccion en los ejercicios graves que llenaban la existencia de un jóven: tésis, controversias, pláticas, sermones. Al ver en las Memorias del abate Le Dieu los rasgos que ha recogido de la primera vida y los primeros estudios de Bossuet, en Dijon, es el colegio de Navarra, en Metz, lo que más me llama la atencion es el signo, el carácter manifesto del alma y del genio del futuro obispo, un no sé qué de fácil y superior que se pronuncia y toma posicion sin lucha, sin interrupcion y sin apresuramiento: es la vocacion más directa que pueda concebirse, el alma ménos combatida que jamas se haya visto en region tan elevada. No cesó ni un solo dia, me parece, de estar en su orden y en su vía.

Los años de estudio en Metz y lo fructíferos que fueron para nutrir el talento de Bossuet, están expresados por el abate Le Dieu de una manera sensible. Penetrado de la verdad y de la divinidad de la Escritura, leía la Biblia, la meditaba sin descanso, y al interpretarla vertió en ella todas las riquezas de su mente juvenil y de su corazón. Tenía presente, con la Biblia, su San Agustín, poseyéndolo á fondo como amplia base de los principios de la teología, y tambien todos los Padres en quienes se tiene la certidumbre de encontrar en todas las dificultades « el punto decisivo. » Como Bossuet no era doctor solamente, sino tambien orador, no separaba á su San Crisóstomo de su San Agustín. En él aprendia las interpretaciones de la Escritura más propias de la cátedra, familiarizándose con aquellos tonos tan incomparables « que le hacian decir que dicho Padre era el mas grande de los predicadores de la Iglesia. »

« Tambien alababa á Orígenes, dice el abate Le Dieu, sus felices reflexiones, su ternura en la expresion, citando mucho este ejemplo : « ¡ Cuán dichosas las tórtolas, dice Orígenes, siendo ofrecidas (por la » Virgen en el dia de la Purificacion) para nuestro Señor y Salvador! » No penséis que fueran semejantes á las que veis por los aires; santificadas por el Espíritu Santo que bajó del cielo en forma de paloma, » constituian una hostia digna de Dios. » El obispo de Meaux tomó de Orígenes ininidad de fragmentos tiernos y dulces, que pueden verse sembrados en las páginas del Comentario de este prelado al Cántico de los Cánticos. Esta elocuencia dulce é insinuante fué siempre de su gusto. »

Toda la parte de las Memorias de Le Dieu en que se trata de la elocuencia primera de Bossuet y de los estudios con que la formaba y la nutria, tiene particular encanto. Le Dieu no habia sido testigo, pero habia conocido á algunos testigos y los habia interrogado; tambien habia preguntado á Bossuet mismo, y escribió con sentimiento de verdadero entusiasmo de las cosas de una juventud que queria dar á conocer; el movimiento, el colorido de la juventud de Bossuet, nos son conocidos gracias á Le Dieu. En estas porciones de su obra justifica el abate las expresiones con que se define á sí mismo con relacion á Bossuet, « un hombre enteramente suyo, apasionado de su gloria, ansioso de recoger las menores circunstancias que adornen tan hermosa vida. » En esto se desquita de lo que hay en su Diario de bajo ó de pequeño. »

Los triunfos de Bossuet en las cátedras de París cuando hace en ellas apariciones periódicas (bastante frecuentes cuando vivia en Metz), estan pintados con una facilidad y una viveza que nadie esperaria en las actas ó extractos de sermones; leyéndolos se asiste al primer reinado de la grandilocuencia, antes des aparecer Bourdaloue. Aquellos discursos tan celebrados por los contemporáneos, *Depositum custodi*, predicado delante de la reina madre, el *Surrexit Paulus* del abate Bossuet, como se le llamaba, se nos presentan distintamente con su fisonomía particular. El de *la Vocacion*, hecho para confirmar la conversion de Turena en 1668, era citado por las carmelitas, en cuya iglesia fué predicado, como un sermón de *exquisita belleza*. De las *Epístolas* hechas en la misma época, dicen aquellas que eran de una

hermosura encantada. Repárese el matiz de estos elogios, el mismo que se puede notar constantemente en la pluma del abate Le Dieu, tanto al citar testigos más antiguos como cuando habla por su propia cuenta de lo que él mismo oyó. Y es que, en efecto, el *águila de Meaux*, como se le ha llamado, era esencialmente notable como orador por su carácter de uncion y de dulzura. Sus oraciones fúnebres, las mas leídas de sus obras oratorias, nos han acostumbrado á oír principalmente sus períodos tonantes, aunque tambien las hay (la oracion fúnebre de la princesa Palatina, por ejemplo), que conmueven por su mansedumbre hasta hacernos llorar. De todos modos, cuando se piensa á distancia en la elocuencia de Bossuet, lo primero en que soñamos es en los rayos que fulmina. Su polémica, su duelo teológico con Fenelon y el vigor con que lo refutó hasta confundirlo, han confirmado la idea de que era duro. Mas no siempre lo era. En el asunto de Fenelon, hacia Bossuet el oficio de *doctor*, de guardian incorruptible de la verdad: este es uno de los aspectos esenciales, aunque diferentes, del alma sacerdotal de Bossuet. En este momento hablamos del *orador*. En vista de los testimonios reunidos por Le Dieu, no hay medio de dudar que el carácter ordinario de los discursos de Bossuet era conmovedor, abriendo los corazones de todos sus oyentes como él les abria el suyo, haciendo correr las lágrimas, persuadiendo, en fin, objeto principal del orador.

Sólo despues de haber leído al abate Le Dieu he podido explicarme la célebre frase que termina la oracion fúnebre del príncipe de Condé, en la que Bossuet, ántes de cumplir sesenta años, parece renunciar para siempre á las pompas de la elocuencia. Quería, en efecto, aquel dia renunciar á las pompas, no á la palabra ni á lo que habia en ella de saludable y de eficaz en su boca de pastor. Bossuet preferia predicar la palabra de Dios con sencillez y desnuda de retóricas galas á pronunciar sus oraciones fúnebres. « No gustaba, dice Le Dieu, de este trabajo poco útil, aunque él lo hiciera edificante. » Creyendo que al desplegar el pomposo aparato de su elocuencia solemne se fatigaba sin fruto, pues sólo redundaba en beneficio de su fama y de su gloria, temió perjudicar á sus ovejas prestándose á continuar; despues de haber cumplido el último deber de reconocimiento con la memoria de un príncipe cuya amistad le obligaba, declaró públicamente que en

tal sentido había terminado su carrera, reservándose toda su inspiración para usos como domésticos y familiares.

Estaba en la edad de que habla Ciceron y en la cual decía el orador romano que su propia elocuencia encanecía (*quum ipsa oratio jam nostra canesceret*); tenía prisa por dedicar toda su madurez y su dulzura á la familia cristiana que se le había confiado.

Se había comprometido á predicar en Metz tantas veces como oficiara de pontifical, « y nunca, dice Le Dieu, por ningun motivo ni por ocupacion la más urgente, dejó de celebrar las fiestas mayores con su pueblo ni de dirigirle la palabra ». En tales circunstancias « no era un sacerdote, sino un padre hablando con sus hijos, viéndose á los hijos dóciles y obedientes á la voz del padre. »

Bossuet tenía todos los géneros de la elocuencia. Su maravillosa facilidad de palabra alimentada con el estudio y llena de doctrina, así como las ocasiones de todo género que desde jóven se le presentaron en los empleos del sacerdocio para aplicar sus dotes naturales y distribuir sus frutos, explican, hasta cierto punto al ménos, aquella satisfacción tranquila, aquella estabilidad precoz de un espíritu seguro de que le basta seguir en línea recta, pues conoce que está sobre el camino que lleva á Jerusalen.

En las Memorias del abate Le Dieu hay una docena de páginas que recomiendo entre otras; son aquellas en las cuales explica, por haber oido explicarse muchas veces al mismo Bossuet acerca de este punto, la manera que tenía el gran orador de concebir y practicar la elocuencia. En dichas páginas (1), hay evidentemente más de Bossuet que de Le Dieu, y son iguales, si no son superiores, á todo lo mejor que ha dicho el abate Maury sobre la retórica del género; en una biblioteca razonada y bien entendida, pueden figurar al lado de lo más animado que se lee en el *De Oratore* de Ciceron y en los *Diálogos* de Fenelon sobre la *Elocuencia*. Allí aprendemos en qué consistía el procedimiento ordinario de Bossuet y en qué se diferenciaba del de Bourdaloue y del de Massillon. Estos grandes oradores componian sus sermones y los aprendian, recitándolos con más ó ménos arte, con más ó ménos naturalidad; los discursos que llevaban mejor apren-

(1) Memorias de Le Dieu, pág. 109-121.

didados de memoria, eran los que decian mejor y los que producian más efecto. El método, ó mejor dicho, el procedimiento de Bossuet era otro, sin decir con esto que no repitiera á veces discursos ya pronunciados; con frecuencia le pedian la repetición de tal ó cual discurso, pero aún en estos casos, es dudoso que recitara exactamente lo mismo de un año para otro. Lo habitual en su elocuencia era entregarse á su genio, es decir, improvisar, hasta donde puede improvisarse en tales materias. Oigamos al abate Le Dieu, ó si se quiere á Bossuet mismo, de quien Le Dieu es aquí el intérprete ó el secretario:

« Considerando la actualidad de las personas, del lugar y del tiempo, escogia el asunto. Como los Santos Padres, ajustaba sus instrucciones ó sus reprensiones á las necesidades presentes; por eso no podia prepararse con anticipacion y lo hacía en el espacio de tiempo comprendido entre un sermón y otro. Ni se encargaba tampoco de los sermones de Cuaresma durante la cual se predica todos los dias; hubiera sucumbido á este trabajo y se hubiera aniquilado, ¡tal era su aplicacion!

« Anotaba en el papel su plan, su texto, sus citas en frances ó latin indiferentemente, sin cuidarse de las palabras, de los giros ni de las figuras; de otra suerte, su accion hubiera sido lánguida y su discurso flojo: así se le ha oido decir cien y cien veces.

« Sobre aquella materia informe hacía una meditacion atenta y profunda en la mañana del dia en que iba á predicar, y muchas veces sin escribir una palabra más, á fin de no distraerse, pues su mano hubiera corrido ménos que su imaginacion.

« Dueño de todos los pensamientos presentes en su espíritu, fijaba en la memoria hasta las expresiones de que queria servirse; despues repasaba su discurso leyéndolo con los ojos del espíritu, cual si lo tuviera delante escrito en el papel; enmendaba, cambiaba, corregia, como pudiera hacerlo con una pluma en la mano. Por último, una vez en la cátedra, seguia la impresion de sus palabras en el auditorio, y, súbitamente, modificaba si le convenia lo que había meditado, acentuando el movimiento que conmovia los corazones segun los rostros se lo revelaban. »

Tal era la *improvisacion meditada* á que debió Bossuet sus milagros